

¡NINGÚN
NINGÚN!

**Agradecemos especialmente el acceso a los archivos
personales de las siguientes personas:**

Matías Berger Arambarri, José *Pepe* Carballa
y Gabriela González Vaillant.

También queremos agradecer la colaboración de:

Adriana Alegría Toledo, Nairí Aharonián Paraskevaídis,
Florencia Aizpun, Rolo Arruabarrolo, Mariana Bagnato,
Mónica Bagnato, Paula Barboza, Daniela Cabrera,
Luciana Caunegre, Pablo Chargoña, Claudio Chunga,
Julio Consani, Esteban Corrales, Ana Claudia De León,
Celina Defranco, Javier Diez, Fernando *Monoco* García,
Tania Garaza, Mateo Grille, Natalia Mallek,
Gustavo Manfredi, Angie Oña, Mariana Porro,
Ana Paola Silva, Federico Sierra, Fernando Tete,
Guillermina Martin Doil, Ismael Samandú, Nicolás Scaron,
Jimena Silva, Sergio Sommaruga, Gustavo Sosa,
John Torres y el semanario *Brecha*.

Destacamos especialmente a los fotógrafos
que se sumaron desinteresadamente a la búsqueda
y el aporte de material gráfico:

Pablo *Titi* Bielli, Oscar Bonilla,
Iván Franco, Gabriel García, Pablo La Rosa,
Mariana Méndez y Daniel Stapff.

EN MEMORIA DE:

Camilo Guadalupe Vezoli (1979-2007)

ocupante e integrante del gremio del Liceo Dámaso.

Gustavo Pereira Garín (1977-2024)

ocupante e integrante del gremio del Liceo Bauzá,
sancionado por su participación en el conflicto.





Marcha estudiantil. Avenida 18 de Julio,
Montevideo, 30 de agosto de 1996.
Fotografía: Oscar Bonilla.





Marcha estudiantil. Avenida 18 de Julio,
Montevideo, 30 de agosto de 1996.
Fotografía: Oscar Bonilla.





Marcha estudiantil. Plaza Varela,
Montevideo, 30 de agosto de 1996.
Fotografía: Iván Franco.





Asamblea durante la ocupación del IAVA.
Montevideo, 4 de setiembre de 1997.
Fotografía: Archivo diario *El País*.

¡NINGÚN NINGÚN!

Ocupaciones estudiantiles,
autonomía y desobediencia

MANUEL CARBALLA

1.

Pasaron treinta años, o casi, y deberíamos aprovechar esta presentación para fingir prudencia y decir que este libro llega a ordenar un conjunto de recuerdos, a reunir documentos dispersos y a ofrecer una mirada equilibrada sobre las ocupaciones estudiantiles de 1996 y 1997. Podríamos afirmar, con voz seria y gesto académico, que aquí se intenta reconstruir un episodio relevante de la historia reciente.

Todo eso es cierto, pero reducirlo a eso sería empobrecerlo. Pasaron demasiadas cosas, algunas hermosas y otras contradictorias, como para encerrarlas en una versión prolija.

Este libro reúne textos, documentos y reflexiones sobre las ocupaciones estudiantiles de 1996 y 1997. Buscamos empujar una conversación y aportar a una memoria que sigue abierta, atravesada por versiones distintas, desacuerdos y sentidos que no siempre coinciden: un fragmento apenas, una astilla incómoda clavada en una historia mucho más vasta e indisciplinada.

Trabajamos con fuentes diversas. Prensa, boletines, volantes, comunicados, archivos, entrevistas, recuerdos personales y memorias colectivas. No por afán de acumulación, sino porque aquella experiencia fue, desde el comienzo, desbordada y difícil de reducir en una sola versión.

Las memorias de las ocupaciones no marchan en fila, se cruzan, se contradicen, se rozan y se iluminan a destiempo. Nacen de un liceo, de una UTU, de una asamblea, de una marcha, de una volanteada en un ómnibus, de una radio pirata, de una noche sin dormir, de un rumor, de una pintada, de una consigna que alguien gritó primero y que después fue de todos. Esa diversidad no es una falla del relato, sino precisamente una de sus verdades.

Las ocupaciones fueron una forma de protesta espontánea contra la Reforma Educativa, una práctica de organización horizontal, una experiencia de autogestión cotidiana, un modo de apropiarse de los centros de estudio, una práctica de acción directa y también una irrupción juvenil cargada de creatividad, alegría, rabia y deseo de transformación. Durante aquellos meses, miles de estudiantes pusimos en cuestión las formas tradicionales de representación, disputamos el sentido de la educación pública, inventamos formas propias de comunicación y abrimos, aunque fuera por un tiempo breve, espacios concretos de autonomía y libertad.

Quienes participamos de aquel movimiento no nos vinculamos con la política solo desde nuestros centros de estudio o nuestros gremios. Una parte importante de quienes integrábamos esa generación vivíamos atravesados por la vida política. Tomábamos partido y nos metíamos donde nos parecía necesario meternos. Organizábamos movilizaciones contra las razzias, publicábamos fanzines, nos juntábamos en cooperativas de bandas musicales, difundíamos noticias sobre el zapatismo, participábamos de programas en radios comunitarias o piratas y toda clase de prácticas que excedían ampliamente los temas estudiantiles o educativos. Y todo con dos pesos partidos al medio.

También sosteníamos una memoria activa frente a la dictadura y sus continuidades. La presencia de docentes vinculados al pasado y al presente del aparato represivo fue señalada y denunciada, como lo hicimos con Torres Mega y su participación en la Juventud Uruguaya de Pie (JUP). Su presencia en los centros de estudio la marcamos mediante escraches, pintadas e intervenciones en la sede de la organización reaccionaria Tradición, Familia y Propiedad (TFP), en la que estaba involucrado.

Desde luego, solo una parte de la juventud participaba activamente. Aquella experiencia no volvió heroica, compacta ni impoluta a la generación que la protagonizó, ni permite recortarla cómodamente contra la tibieza del presente. Esa imagen, además de injusta, sería inútil. Pero una parte significativa de aquellos jóvenes estábamos activamente involucrados en una trama política, cultural

y social más amplia. Y esa disposición previa a intervenir en la realidad, a tomar posición, a fabricar medios propios, a desconfiar de las autoridades y a organizar la vida común con las herramientas al alcance, ayuda a explicar, o al menos a ofrecer una de tantas razones, por qué las ocupaciones del 96 y 97 alcanzaron esa intensidad.

Vale la pena recordar dos cosas que a veces se pierden de vista. Primero, que buena parte de quienes protagonizamos aquel proceso éramos muy jóvenes. La mayoría tenía entre 15 y 17 años, y algunos apenas llegábamos a los 19. Y segundo, que en plena democracia, una generación adolescente que reclamaba participar en las decisiones sobre su propia educación fue objeto de un despliegue represivo desmedido por parte del Estado. Nos vigilaban. Intervenían nuestros teléfonos, nos seguían en camionetas, nos filmaban ocultamente desde las calles laterales durante las marchas y concentraciones, y agentes de particular se infiltraban entre nosotros para intentar detenernos. Desde la prensa y desde las autoridades se buscó construir una imagen amenazante de nosotros, como si fuéramos un puñado de estudiantes peligrosos y subversivos. Se cuestionó que algunos estudiantes nos cubriéramos el rostro y se nos acusó de responder a lógicas externas y se llegó a calificarnos como «zapatistas». La acusación, desde luego, no produjo la vergüenza esperada. En muchos casos nos enorgulleció.

Pero esa ofensiva estatal no nos encontró aislados. Durante el conflicto construimos una red de solidaridad que vinculó a la Coordinadora Intergremial de Estudiantes de Secundaria y UTU (CIESU) con otros gremios de la enseñanza, con el sindicato del taxi, con trabajadores de la salud, cooperativas de vivienda por ayuda mutua y distintas organizaciones sociales. Esa trama sostuvo nuestros traslados, cuidados, apoyos materiales, espacios de resguardo y formas de acompañamiento que funcionaron, más de una vez, como un verdadero escudo colectivo. Las ocupaciones no fueron solo una acción estudiantil encerrada en los centros de estudio. Fueron también una experiencia capaz de articularse con otros sectores organizados de la sociedad y de producir, desde allí, nuevas formas de protección, pertenencia y fuerza común. Eso



Liceo Zorrilla ocupado. Montevideo, agosto de 1996.
Fotografía: Oscar Bonilla.

fue, probablemente, otro de los rasgos más potentes y distintivos del movimiento estudiantil del 96 y 97.

Una de las grandes innovaciones que logramos desde la CIESU, más allá de la organización asamblearia y horizontal, fue el desarrollo de formas directas de comunicación y vínculo social. Las radios comunitarias que transmitían desde los centros ocupados, los boletines y comunicados, las intervenciones en los ómnibus, las recorridas por los barrios, los talleres que circulamos por distintos liceos, el trabajo junto con otros gremios de la educación para coordinar contracursos, la relación con los medios de prensa y la consigna «No crea en la prensa, infórmese aquí» expresaban una misma preocupación, no dejar que otros contaran la experiencia por nosotros. Esa comunicación propia la articulamos a través de una práctica organizativa novedosa, basada en vocerías rotativas, formas de representación

mandatadas por las asambleas, una distribución equilibrada de la presencia pública de mujeres y hombres, vínculos y protagonismos compartidos con centros de estudio del interior, y un esfuerzo constante por sostener el carácter abierto y colectivo del proceso.

Esa dinámica transformó también a muchos de quienes participamos en ella. Hubo militantes que se alejaron de sus partidos u organizaciones durante la experiencia de funcionamiento de la CIESU, interpelados por una práctica asamblearia que cuestionaba formas verticales de construcción política. Algunos militantes orgánicos lograron sostener una participación respetuosa del proceso evitando algunas de las prácticas más comunes de injerencia partidaria sobre los movimientos sociales y apostando a no direccionar las decisiones colectivas. Y cuando otros, en incontables situaciones, intentaban llevarse por delante a la asamblea, de manera colectiva logramos ponerles un límite. En esos meses, el modo de organización y la práctica asamblearia ganaron terreno político. La transformación atravesó todo, el discurso y también la forma concreta de discutir, decidir, representar, comunicar y sostener una protesta organizada.

Como todo proceso colectivo, aquella experiencia fue el resultado de muchas voces. Hubo liceos, UTU, institutos de formación docente, centros ocupados y no ocupados, asambleas, marchas, boletines, peajes, talleres, fogones, discusiones interminables, acuerdos, desacuerdos, aprendizajes y tensiones. No están aquí todas las voces, ni podrían estarlo. Faltan relatos, memorias, documentos, fotografías, canciones y puntos de vista. Pero los textos reunidos permiten reconocer algo de la potencia creadora y contestataria de aquel movimiento, que no se expresó solo en las consignas o en la ocupación de los centros, sino también en los vínculos que se construyeron, en las formas de decidir, en la imaginación política que se puso en juego y en la certeza, compartida por muchas y muchos, de que era posible organizar la vida de otra manera.

El título de este libro, *¡Ningún ningún!*, recupera una consigna surgida al calor de las ocupaciones estudiantiles. Como ocurre con muchos gritos nacidos en procesos colectivos, su origen también





Frente a la puerta lateral del IAVA. Calle Eduardo Acevedo,
Montevideo, 4 de setiembre de 1997.
Fotografía: Archivo diario *El País*.



Corte de calle. Ciudad Vieja, Montevideo, 18 de octubre de 1996.

Fotografía: Archivo diario *El País*.

forma parte de una memoria hecha de versiones, mitos, vivencias personales y perspectivas distintas. Hay quienes recuerdan su nacimiento en Eduardo Acevedo, durante la ocupación del IAVA. Hay quienes lo ubican en el patio de la UTU Central, cuando un compañero comenzó a gritarlo frente a las mesas de diálogo contra las actas represivas. Hay quienes lo vinculan con una estudiante del Miranda que lo habría gritado por primera vez y que terminó recibiendo el apodo de *la Ningún ningún*. Y hay quienes lo asocian a una respuesta contra las autoridades, cuando afirmaron que no habría ningún diálogo mientras se mantuvieran las ocupaciones. Frente a esa negativa, los estudiantes comenzaron a devolverla convertida en grito. ¡Ningún ningún!

Sea como sea, ¡Ningún ningún! condensó algo que excedió su origen. En su forma breve y desafiante, expresaba el rechazo a las negativas impuestas desde arriba, a los límites presentados como inevitables y a las respuestas cerradas de antemano. Como aquel «prohibido prohibir» asociado al Mayo francés, no era una consigna programática ni pretendía ofrecer una respuesta acabada. Parecía apenas un gesto, una reacción breve frente a la clausura impuesta desde el poder. Pero en esa aparente sencillez escondía una fuerza de desobediencia profunda: la afirmación colectiva de que todavía era posible desacatar, rechazar los límites presentados como inevitables y ensayar otros modos de estar juntos.

Algunos se entusiasmaron con ese grito, otros lo consideraron menor, otros lo olvidaron y otros lo usaron durante años, incluso para discutir durante partidas de truco. Pero la consigna siguió circulando, atravesó generaciones estudiantiles y representó una voluntad de cambio: la convicción política de no aceptar pasivamente las negativas y de asumir que el mundo debe ser transformado con la urgencia que la propia vida y las injusticias sociales siguen reclamando.

Volver sobre aquellas ocupaciones supone preguntarse qué quedó abierto en esa experiencia, qué aprendizajes siguen disponibles y qué conversaciones todavía pueden nacer de ella. Será este libro, quizás, un intento desmesurado de reconstruir un fuego que no cabe del todo en las manos. O será apenas una excusa para volver a nombrar una práctica colectiva que todavía incomoda y nos interpela.

En definitiva, buscamos mirar de frente esa parte de nuestra historia en la que dejamos de pedir permiso para existir políticamente. En este libro volvemos sobre una experiencia inacabada, contradictoria, hecha de retazos e insumisa, que sigue reclamando nuevas preguntas, nuevas conversaciones y nuevas formas de ser contada, pero también aprendizajes para pensar y encarar las transformaciones del presente.

Por la memoria colectiva y por el desborde. Para que nuestro deseo de cambiar la vida nunca se acostumbre a obedecer.

¡Ningún ningún!